



## LA ZAPATILLA

Para María José

Suelo bajar a la playa muy temprano. Tanto, que con frecuencia aún no hay nadie. Esta mañana al descender por la cuesta que me lleva a mi rincón preferido, he observado que en la orilla había un algo oscuro. Dada mi miopía, al principio me ha parecido un pez muerto. Sin embargo, al acercarme más, he visto que se trataba de una zapatilla.

Estaba con la suela de goma hacia arriba y con la parte superior hundida en la arena. Lo primero que he pensado es que era alguien enterrado cabeza abajo y que las olas, al ir y venir, habían dejado al descubierto aquel trozo de calzado delator de un crimen. He desechado esa idea macabra enseguida, porque me parecía demasiado dura para una hora tan temprana.

Luego, como siempre me he puesto a andar por la orilla, arriba y abajo, pero esquivando cuidadosamente la zapatilla semienterrada. Me daba un cierto respeto mirarla e incluso acercarme a ella. Poco tiempo después, también como cada mañana, ha aparecido el hombre que, caballero en su máquina de rastrillar, remueve y recoloca la arena. En sus evoluciones por la playa, yo esperaba que se acercara lo suficiente a la orilla y que arrastrara la zapatilla. Pero, se ha quedado a escasos centímetros de ella. De modo que aquella zapatilla solitaria ha seguido allí, lamida por las olas.

He tenido que luchar contra preguntas que me asaltaban una y otra vez: ¿quién puede perder sólo una zapatilla? ¿Se habría caído de algún barco y la arrastraron las olas? ¿Era de hombre o de mujer? He tratado de esquivar también metáforas relativas a amores perdidos, abandonados en una playa como una zapatilla vieja, ¿dónde estaba la pareja, estaría triste o liberada?

Al cabo de un rato largo, ha venido mi prima trayendo la sombrilla. Me he dispuesto a colocarla y, de pronto, me ha arrebatado de la mano el palo de la sombrilla, se ha ido muy decidida hacia la zapatilla, le ha dado la vuelta con el pincho y, por un momento, he temido que saliera un pie de debajo de la arena. Luego ha metido el pincho en la zapatilla y he podido ver que se trataba de una zapatilla de caballero, gris oscuro y con ribetes rojos, que me ha resultado extrañamente familiar. Ensartada, la ha llevado hasta la papelería, diciendo: No soporto ver estas cosas en la playa, ¿por qué es tan descuidada la gente? Yo no he dicho nada, pero he pensado, es la viva imagen de un amor que se tira por la borda, sin reparar en el daño, y que, finalmente, va a parar a la basura.

